08 Cuentos reunidos

01
Aquellos lugares cercanos

En el Barrio Obrero, en la esquina de la cuadra, muy cerca está el Paú Poí que parece desafiar al tiempo y al progreso, porque permanece casi igual, guardando los secretos de las primeras citas.
De nuestras idas y venidas, el barullo de los escueleros caminando a la Escuela San José Artesano.
Y de los cuales lo que más gusto daba es salir cantando, en mi caso a la tarde, me ponía eufórico estar en libertad al dejar el
aula.

El Paú Poi siempre me esperaba ansioso como queriendo contarme de sus tantas historias y recuerdos extraviados por aquí, de aquél mitaí que fuí, y siempre que quiero escribir, sin importar la hora, aquí nos encontramos de nuevo en ese tiempo como si no hubiera pasado.

El Arroyo Ñeembucú era muy caudaloso en ese entonces y venía desde el este muy rápido, porque al crecer salía de su cauce y fué así que se formó nuestra Bahía en esa parte muy cerca de nosotros en el vecindario a veces era tan enorme, que entraba por los patios, y en otras se retiraba tanto que solo quedaba el canal y nos dejaba mucho lodo y arena para explorar a pie.

La gente de antes, apreciamos esas playas con arena de su orilla y porque cada calle termina donde comienza la playa en la orilla.
En los tórridos veranos de Diciembre a Enero, para refrescarnos, era como bajar a una fiesta de encuentros en familia en las orillas del legendario Ñeembucú.

Siendo jovencito yo remaba muy bien, y ya les conté muchas veces y no me canso, suave de decir que suave daba cortes perfectos al agua con mis remos, con ritmo y un poco cejado para impulsar mi canoa que lleva su nombre al costado, “El preferido”.

El olor del cigarrillo negro se fumaba en ese entonces y era de la marca “Alfonso XXIII”.
Hasta hoy retengo su olor fuerte y nunca me olvido de las noches con la paciencia de los pescadores cuando fumaban y esperaban que pique algo.
Y en el día de los soldaditos, el 30 de Agosto y Santa Rosa, para la Comisaría, los alumnos como regalo favorito traemos para que las maestras les entreguen.

Remando con mi canoa, voy hacia el oeste y un poco antes más allá hacia el Rio Paraguay, estaba el famoso Puente Pachanga cuyo extremo al norte se conectaba al Batallón 40 y al sur el puente daba a los bajos del Colegio Juán XXIII, ya en las cercanías de La Basílica Menor, la Plaza Mcal Lopez, en el Centro mismo de Pilar, donde se festejan las grandes Gestas Cívicas, y todo el pueblo se concentra frente a El Cabildo Histórico.

El Puente Pachanga fue un bailarín porque se balancea y estuvo de servicio todavía en la mejor época de los años 60, 70.
Y dejó tantas anécdotas que se recuerdan hasta hoy más aún cuando en las bajantes del Arroyo Ñeembucú, deja ver sus vestigios.

En el barranco alto hacia Villa Paso, los que trabajan como canoeros debían esperar largas horas para que lleguen los colectivos que vienen de la Capital.
Y en los días de mucho frío o calor, para pernoctar, los canoeros se hicieron de cuevas como refugio y guarecerse del frío y las lluvias, en el barranco parte alta hacia el norte.

Recuerdo muy bien todo eso porque me tocó
verlos de mitaí, compartía con ellos, los canoeros o ”paseros”, el discurrir de esas horas de espera y entre ellos estaba mi recordado hermano Mario(+), a quien yo llevaba la comida cuando estaba de turno con "El Preferido", y debía hacer noche entera.
Recuerdo cuando fuí vendedor de helados “Palito”, retiraba de Don Angel Formichelli de si mal no recuerdo la Heladería estaba en la misma vereda de la Librería El Colegio de Don Desiderio Ramirez, frente a lo que actualmente es el CREP, Centro Regional de Educación de Pilar.

La construcción del Puente de cemento, izo que los paseros quedaran sin trabajo y la balsa de Don Lacú que hacía cruzar los vehículos, quedó varada en alguna para el olvido.

Con sus tramos de profundas huellas, de arenales y barros, la otrora legendaria Ruta 4ta, fueron sus frecuentes y recordadas clausuras, en cada una de esas travesías se encuentran anécdotas de todo tipo y es que cada uno se hacía de fama con sus particulares clausuras.

En ese tramo del Arroyo Ñeembucú, si o si los pasajeros de los Colectivos de “Sirena del Paraná” tenian que bajar y pasar con las canoas de los paseros, fueron esos recordados navegantes de ese tiempo.
Y todo este conjunto de recuerdos conforman
ese tiempo que se fueron casi todos juntos como un cuadro de esa época que se dejó de pintar y quedó en la intemperie para que el tiempo borre.
Pero aquí recojo aquellos lugares.
Hernán Benítez Denis

En las casas recostadas a la orilla del Arroyo Ñeembucú, juntos crecimos la infancia, hasta que un día, como que la vida nos llevó por rumbos diferentes.

Quisiéramos volver de nuevo a pisar aquellos lugares, ya sea del interior profundo, en algún pueblo del Ñeembucú, o en algunos de los Barrios de Pilar, donde quedaron nuestras huellas.

Aunque ya están modificados, o incluso, desaparecieron, aquellos lugares siempre serán santuarios de recuerdos y de nostalgias.
No importa estando cerca o desde la distancia, el pasado siempre se hace presente.

Para mí esa esquina de la cuadra, las orillas del Arroyo Ñeembucú, la Canchita, el Paú Poí que resiste al tiempo, y la Escuelita San José Artesano...
Nunca me cansaré de nombrar.

Es sobre estas anécdotas de la vida que hablo, pintando de colores las palabras, escribo en este tiempo en que de nuevo estamos en
permanente Comunicación con la Tecnología.

Recuerdo las madrugadas cantando al son de las guitarras.
Las delirantes dedicatorias en los cumpleaños de 15.
Y todos los acontecimientos, aniversarios, de amores y desamores.
Contienen miles de anécdotas, algunas entre bebidas espirituosas que levantan el espíritu, y muchas de las noches de parrandas.

Es que somos los Bohemios de aquél Pilar de antaño, siempre caminando, siempre caminando hacíamos música y cantando fuimos los protagonistas como músicos de las tradicionales serenatas.
De romanticismo ni hablemos, siempre seremos los últimos de esa época que no volverá.

No hemos tenido juguetes de plásticos ni regalados ni comprados, ni festejos de cumpleaños, pero tenemos algunas fotos en blanco y negro que nos trae la imagen de una pequeña torta casera y los amiguitos y las amiguitas de la esquina de la cuadra cantando el cumpleaños feliz.
Y qué felices fuimos con tan poco.

Adornados por arriba con banderitas de papel sulfito, hechos en casa y rodeados de niños y niñas.
Alrededor de la mesita, limpitos y peinaditos, con ropitas de tela Pilar.

Cantando cumpleaños feliz, nos captó la foto, sonrientes con el souvenir en la mano, y lo máximo era chupetín y un pito de plástico.

Las fotos de la infancia son como joyas guardadas que se miran, de tanto en tanto, con nostalgias del pasado.

Fuimos muy felices como mitai y nos bastaba jugar en la esquina de la cuadra, que era todo nuestro mundo.
Era esa niñez sencilla, humilde, sin complicaciones, y no éramos pobres, fuimos muy ricos por naturaleza, al nacer con ese espíritu de lucha, para salir a pelearle a la vida, con muchas ganas.

Algunas de las casas estaban alumbradas con el sol de noche a kerosene que era un lujo.
Muchos nos iluminamos con el kinké a mecha, hasta que la MPSA proveyó de luz eléctrica en las casas de quienes trabajaban en la Fábrica.

Recuerdo aquellos veranos en que dormíamos afuera en una cama con mosquitero.
Yo me quedaba acostado mirando la noche estrellada hasta quedarme dormido.

Noches de Siete Cabrillas, las Tres Marías, la Vía Láctea cruzando el techo del cielo con millones de estrellas.

Como poder olvidarme de tanta inmensidad arriba en el cielo, que todo lo de abajo empequeñece. Y fueron esos momentos de la vida lo que nos puso en esta dimensión, y nos hace muy agradecidos hoy, por todo lo vivido.

Y siempre que puedo, miro ese mismo cielo y los mismos astros de aquellos tiempos de la infancia, están allí arriba como esperándonos.
Miro para decir en silencio, -Gracias-, al Creador.

Definitivamente, nuestra infancia y la juventud vivida por nosotros en Pilar y Ñeembucú, fue muy sana, linda y sencilla, en todo sentido.
Y la hemos vivido a plenitud.
Hernán Benítez Denis

03
Los perros de la esquina de la cuadra

Hasta esa esquina donde jugamos en la arena, llegaban los perros de las casas cercanas del vecindario, y eran nuestros amigos que se pasaban corriendo y saltando a nuestro lado para deleitarnos con sus travesuras, provocando nuestras risas.

De a poco vendrán otros perros y eran de los que no tienen dueños, le llaman vagabundos porque son libres y vienen de lejos, tal vez, de ninguna parte, sin tener una casa fija, es como decir, son de todos los lugares.

Todos los lugares le pertenecen y creo que hasta son conscientes de que vagar es su mundo.
Los perros del vecindario son de todos y de nadie que vagan, los privilegiados de ser libres, no tienen dueños, eso sí, tienen varios nombres sin ser de nadie.

Se juntaban con nuestros perros y se pasan
saltando a nuestro alrededor para deleitarnos y eran estos peludos que nos privilegian en esos momentos, cuando tal vez estén hambrientos, pero antes que ir a buscar qué comer, prefieren jugar con nosotros.

Recuerdo aquella arena, mucha arena fina y blanca, el elemento principal de nuestros juegos y no era solo un pasatiempo, dónde pasamos las horas y nada más, porque debíamos tener creatividad y los hacíamos con las casitas con palitos o con pedazos de cartón, o maderas.
Era tan sencilla la diversión, como amontonar arena sobre alguien, hasta taparlo casi por completo.

Otro grupo de amigos mientras hacen las pelotas de trapo para jugar, porque la que teníamos escondieron, no sabemos en que lugar, los perros.
Además era tan fácil hacer otra pelota de trapo con una media vieja
Otros estiran las latas de sardinas con hilos y hacían ruido simulando tener camioncitos.

Así pasan las horas hasta que nos llaman o nos mandan a buscar con el hermano o la hermana mayor, a quiénes no les hacemos caso.

Ya para entonces sabíamos lo que nos esperaba, por no querer todavía volver y por seguir jugando unos minutos más con los demás en la arena, preferimos el castigo con rama o cinto.

Todos en la misma hora debíamos terminar de jugar, y por desobedientes, algunos nos escondemos y otros mitaí hacían un desbande por todos lados.
Por lo pronto eso significaba un tiempo más y hacíamos como que no nos importaba nada, sin escuchar, esperando que nos llamen por segunda vez y con vehemencia y enojo nuestros nombres. …Deliaaa, Joseí, Rosula, Nanchito, Tiia, Ramon'íí, se escuchaba.

Y seguimos jugando hasta que ya vienen con una rama o el cinto, para que salgamos corriendo y nos persiguieran hasta alcanzarnos para ligar. Eso era lo máximo aunque duela.

Algunos se escapaban corriendo y otros sin remedio esperábamos tan solo ligar por la pierna con esa lección nunca aprendida, que mañana se repetirá igual.

Los varoncitos son los más rebeldes y desobedientes al llamado sin temor al castigo. Algunos iban mansamente sin protestar, otros como yo nos escondimos porque preferimos el cinto, como la última aventura de la noche.
Daba gusto que nos persigan para salir disparados y tirarnos a la cama, así como estábamos, con arena y todo.

De a poco la esquina quedaba en silencio y de vez en cuando por la columna de caranday, miraba desde mi ventana, llegaban otros habitantes de la noche y eran los Estudiantes de Comercio.
Llegaban a la esquina de la cuadra y a veces era una pareja que hablaban algo muy cerca de sus labios, yo miraba y quería saber qué era eso de estar como no queriendo separarse.

Mientras los perros vagabundos corretean en la arena con alguno de los nuestros, así estarán borrando nuestras huellas.
Ellos seguirán allí, quién sabe hasta qué horas de la madrugada.

Mientras me llega el sueño con una luna que sube desde el este, hace de luz blanca la magia de la noche.

Mañana nos volveremos a encontrar bajo la columna de caranda'y con farol, todos los niños y las niñas quienes juntos crecimos.
Comenzaremos de nuevo las mismas travesuras y los mismos juegos que se repetirán hasta este mismo final.
Y así fueron pasando muchos años.

Estas anécdotas de la niñez son para contarlas como relatos a los nietos.
Son ideales para estos tiempos en que vivimos con mucha tecnología.

Serán también para nosotros los bálsamos que nos curan, que nos alivian y nos reconfortan en el espíritu.
Sus recuerdos están vivos en nosotros de un tiempo que ya no volverá en un ambiente natural, reposado y de mucha paz espiritual.
Hernán Benítez Denis

04
El Yvy Marane'y
La Tierra Sin Mal

La Historia enseña que los antiguos dueños de la tierra, nuestros ypykuera, cuando sufrieron la colonización dejaron de pertenecer a la misma.

La Naturaleza era su Tierra Primigenia y

ellos como Tribus, Tava o Pueblos, eran parte de ese todo que consideraban Sagrada.

Y por alguna razón o conocimiento ancestral, nuestros Ypykuera sabían que vendrán hombres como dioses a enseñorearse de ellos y de sus Tierras.

Desde ese tiempo siguen buscando El Yby Marane'y: La Tierra Sin Mal.

Ellos, los Pueblos Originarios son los parias más pobres del Nuevo Orden mal llamada La Civilización y hoy es el precio más caro del "Progreso".
Se les va la vida y de sus familias cuando van deambulando por las Ciudades buscando limosna.

Nuestros hermanos. Ñande rú ymá, Estirpe de valientes y sufridos, son nuestros Antepasados como paraguayos y son de los más puros en sentimientos.

Creen en el "Ybaga" y buscaban el Paraíso perdido, "El Yvy Marane'y", La Tierra sin Mal".

De estos Pueblos Guaraníes hemos.salido como Nación.
En ese proceso de cambios desde los Pueblos Originarios, de ellos nuestro idioma Guaraní, con los usos y costumbres, mitos y leyendas.
Herederos somos de esas tradiciones como paraguayos.

Nuestros antepasados son aquellos Yvypora sobrevivientes que vemos con indiferencia vagar por las calles asfaltadas de las Ciudades o en las esquinas con semáforos.

Los desterrados de sus Habitat en la Naturaleza, piden limosna y son los mas ricos sin saberlo.
Los desterrados en la selva de cemento buscando algo inmaterial, el "Ybaga".

Igual para nosotros lo fue y será ese Barrio Obrero de antaño nuestro.
Buscamos volver al "Ybaga, el Paraíso perdido de la otrora fantástica Bahía del Arroyo Ñeembucú.

Busquemos con nuestros Ypykuera el Yvy Marane'y", La Tierra sin Mal".
Los Pueblos Originarios se merecen y nosotros también como paraguayos, en nuestro amado Paraguay.
Hernán Benítez Denis

05
Una estampa olvidada del ayer
El suncho

El suncho o "chuncho", es un aro de hierro al que por medio de una varilla se hace rodar con un leve empujón. Presionando la varilla un poco más y al correr detrás, se le da más velocidad.
Correr detrás del suncho, nunca cansa.

Con el suncho comienzan las emocionantes aventuras de la mañana para el mitaí, cuando sale a recorrer el vecindario, orgulloso de tener un suncho.

Va por las veredas de tierra de las casas, y queda enfrente de la casa del mejor amigo, para mostrarle.
Estas son aquellas estampas de un juego tan singular, y nada se compara al hacer rodar el suncho en el Barrio Obrero de ayer.

De a poco el mitaí adquiere destreza para todo tipo de terreno, en los caminos de tierra, con o sin pastos y en invierno se moja en los rocíos que salpican.
Las más de las veces por las veredas de tierra frente de las casas van los mitaí con su suncho al almacén del Barrio.

El mitaí aprende a saber regular la velocidad, incluso, detener el aro en el acto, sin que caiga al suelo.
El suncho ya es con el mitaí, un solo cuerpo, que se entienden y se acoplan, muy bien.

Conducir el suncho, tiene su técnica, para el frenado, para desviar y todo sobre la marcha, porque siempre hay los imprevistos, como cuando se cruza de repente, el perro de Ña Loló.

Y al anochecer, cuando ya los mitaí se juntaban para jugar en la esquina, donde también llegaban cantidad de sapos para comer bichitos, el suncho descansaba bajo el corredor porque todos ya estaban jugando
bajo las columnas de caranday con farol.
.
El chocar contra los obstáculos conllevan a las caídas y según parece, sirve también para ganar experiencias y seguir aprendiendo. Comprendí la vida misma,es como caer y volver a levantarse cuantas veces, en un proceso de aprendizaje.

Y fue lo que me paso cuando ya estaba oscuro y se me ocurrió llevar mi suncho cuando a las apuradas me fui a la esquina del
Kiosko de Ña Pablita a comprar sebo de vela y fósforo.

Vi lo que parecía sombra enfrente, pero ya era tarde, tropecé con la overa recostada en el suelo. Y me echó muy grande.

Me levanté rápido sin que nadie me vea, luego busqué mi suncho en la oscuridad, mientras retaba a la vaca de Don Lino que seguía rumiando sin inmutarse.

Rodar el suncho, por eso mismo continúa en nosotros como los mejores recuerdos de la infancia.
Y siempre será unos de esos juegos inigualables de los niños de antes, que se perdieron para siempre.

Por las calles profundas y con arenales o en
las casas con paredes de estaqueo y y sus corredores largos, siempre había uno o más aros de suncho velando el sueño de volar como pájaros, de los mitaí del Barrio Obrero.

El aro se consigue luego de un cierto tiempo de búsqueda, y siempre era el papá el que procuraba encontrar, para darle el ansiado suncho, como el mejor regalo a sus varoncitos.

Tal vez se rebusque en algunas herrerías o en el lugar donde van a parar los desechos de la Industria Textil, Manufactura de Pilar, el conocido Fábrica bajo.

En ese lugar donde el Arroyo Ñeembucú se une al Río Paraguay, iban no solo los pescadores, ya que en ocasiones con el mitá guasú, el hermano mayor, íbamos a buscar tesoros escondidos entre los hierros humeantes, y de paso, pescabamos muchos bagreí para la cena.

El suncho era más que un juego, porque fue práctico e inolvidable. Entre otros juegos siendo un pasatiempo, era la manera de soñar algo más, como antes casi ni soñábamos en tener la bicicleta.

Encontrar el aro para suncho para los hijos, de esos mitaí akahatá, debió ser el mejor regalo de un papá a los varoncitos que si eran varios, oño akare, tal vez turnándose con un aro o dos ya era suficiente.
Se aprende tolerancia y paciencia.

Nosotros, ahora en los tramos finales de la vida, nos volvemos otra vez como criatura.
Queremos sentir a ese niño o niña que fuimos antes, y que llevamos muy dentro, desde cuando lo más valioso, era un suncho o una muñeca de trapo.

Hoy ya no es así.
La sociedad al evolucionar vio nacer a nuevas generaciones de niños y niñas, muy precoces en los nuevos ``juegos ", ya sin tanta inocencia, juegan solos o solas, con el celular de alta gama de la mamá o del papá.

Son los signos de una vida muy acelerada en estos tiempos.
Y luego estos chicos tienden a convertirse en personas solitarias, a pesar de la ironía, de la oferta de mayor conectividad, que supuestamente trae la Tecnología de la Comunicación, donde todo pasa muy rápido e inadvertido, y siempre nos dejan atrás, von ganas de mas y mas, sin aprender del todo, nos utilizan. Y más si no se usa la Tecnología correctamente.

Se fue la niñez que hemos pasado y sigo contando en estos relatos, como una forma de rescatar aquellos primeros sueños acariciados de la infancia.

Ojalá se vuelva, aunque sea como en un teatro a recrear un poquito, aquellas alegrías de las cosas simples.
Mientras, aunque con décadas encima, no perdamos esas inocencias compartidas con nuestro suncho.
Hernán Benítez Denis

06
El escenario de los mitaí- El original

En la esquina cada noche jugando, bajo un cono de luz que se movía con el viento, el farol de la columna de caranday, apenas nos alumbraba.

En un escenario al aire libre, como sombras nos movemos y parecemos dibujos de caricaturas. Nuestra Infancia fue una obra puesta en escena con amigos y amigas, con un libreto lleno de inocencias.

Un telón de música nos ponía el coro de ranas y de sapos desde los charcos cercanos, en los bajos del Arroyo Ñeembucú, y desde Ayala Pato, puerto que no duerme, con vigía de canoeros por las noches,   hasta aquí llegan a ras del agua, los ecos de la gente cruzando, desde o hacia, el Barrio Guaraní.

A la mañana variedad de pájaros armonizan sus cantos, son los sonidos del amanecer más fantástico en un escenario natural. Y en el monte, se quejan los carayás.

En el antiguo cauce del Arroyo Ñeembucú, hoy desaparecido, antes parecían jugar los peces saltando y se dejan caer, dando coletazos en el aire de la noche.

Cómo olvidar aquellas lunas de nuestros juegos con la sencillez de no tener nada y sentir que una esquina era todo nuestro mundo.

Como olvidar en el horizonte el atardecer del monte con las copas de los árboles pintados con la luz última del sol en el ocaso.

Al oscurecer salimos de nuestras casas con los pies descalzos caminando por la arena aún tibia, y cada uno viene con los perros de la casa, con las pelotas de trapos, y las muñecas también.

Este escenario cada noche se renueva con nuestras algarabías de niños y niñas inocentes.
Mas, llegó ese tiempo, del momento en que tanto ya crecimos.
Crecimos tanto que ya éramos jóvenes, y éramos bien parecidos, sin caritas sucias, sin mocos y sin las ropitas de retazos de tela Pilar.

Ya nos vestimos a la moda y hasta podríamos tener un sentimiento correspondido con la vecinita, con la misma de antes, la de los juegos de la infancia.

Con las amiguitas de la esquina, de nuestros juegos infantiles, sin que nos demos cuenta, nos llegó el pudor, y nos separó cuando llegamos a la pubertad.
Y ahora ellas, ya eran tan hermosas y jovencitas, y nosotros, nosotros seguimos siendo, algo torpes.

Ella se ruborizó cuando nos miramos, porque esa primera vez que nos besamos, ella tenía pintados de carmín los labios.
Y pensar, que en un tiempo no muy lejano, aquí mismo en la arena, si nos apuraba, hacíamos pipí frente a todos, como si nada. La hice recordar y nos reímos tanto, de paseo por la calle 14 de Mayo.

Estas jovencitas de ahora, antes de caritas sucias en las esquinas, ya se pintan y usan perfumes.
Y tal vez, algunas usan el polvo "Maja" de la abuela en el rostro.
O el delineador de la hermana mayor, e incluso, tienen sus noviecitos.

Pasó aquél tiempo de las esquelitas en la Escuela, de cambiarnos las iniciales dentro de un corazón pintado, y atravesado por la flecha de Cupido.

El destino también jugaba entre nosotros, tejiendo con hilos invisibles, y cuando llegó el momento, nos colocó para seguir jugando, aquellos juegos de la infancia, al papá y a la mamá, pero esta vez en serio.
Y vinieron así, quienes como tú, ya no pueblan esas esquinas.

En aquel Pilar de antaño, al terminar la Secundaria, sabía que muy pronto iba a dejar la Ciudad.
En ese tiempo en que ya estaba de frente a la vida y solo me quedaba esa única opción, de salir como migrante.
Lo que aún no sabía, era cómo hacerlo, sin que tenga para siempre, herido el corazón.
Hernán Benítez Denis

Comentario:
Clemente Quintana Saucedo
Excelente Hernan Benitez Denis un relato que expresa vivencias y emociones que nos transportan a esa etapa tan feliz.Te leo y de pronto es como describir la esquina nuestra en el otro extremo de tu Barrio Obrero.Nosotros los de Estigarribia y Palma..en el Barrio General Diaz..con esos mismos sentires..con distinto envase y el sello personal que cada uno tenemos incorporados Sin dudas los de finales del 50/60/70 ..fuimos de la generación del éxodo.
De mi parte vine de visita a Buenos Aires.sigo siendo visitante en esta ciudad porteña desde hace 50 años.pero "nunca me fui de Pilar" y como decía siempre el querido Pochito Oscar Morales ...como olvidar nuestra ciudad natal.cuando en los talones llevamos el polvo de la calle arenosa de esa esquina de la niñez.
Abrazos y Felicitaciones.